

EL OJO DE LA LUNA

—Anónimo—



Saga Bourbon Kid

ANÓNIMO
EL OJO DE LA LUNA

Una novela (probablemente)

Saga Bourbon Kid

Traducción de Alejandro Álvarez

Título original: The Eye of The Moon

© The Bourbon Kid, 2006

El derecho del autor (bajo el pseudónimo acreditado The Bourbon Kid) de ser identificado como autor de esta obra ha sido aseverado por él/ella de acuerdo a la Ley de Derechos de Autor, Diseños y Patentes de 1988

Publicado por primera vez en Gran Bretaña en 2007 en una edición general a cargo de Michael O'Mara Books Limited

© Por la traducción, Alejandro Álvarez, 2019

Corrección de estilo a cargo de Ludwing Cepeda

© Editorial Planeta, S. A., 2019

temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición: noviembre de 2019

ISBN: 978-84-9998-773-6

Depósito legal: B. 23.148-2019

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

UNO

Joel Rockwell no podía recordar que alguna vez se hubiera sentido tan nervioso. Su carrera como guardia de seguridad nocturno en el Museo de Arte e Historia de Santa Mondega había transcurrido sin incidentes, como mínimo. Quería seguir los pasos de su padre, Jessie, en el cuerpo policial, pero no había dado la talla en la Academia. De todos modos, se sentía aliviado de no haberlo conseguido. El trabajo policíaco era mucho más peligroso, como había quedado claro apenas tres días antes, cuando su padre fue abatido a tiros por el Bourbon Kid tras el eclipse que se había producido durante el Festival Lunar. Así pues, un trabajo sencillo como guardia de seguridad resultaba ser una mejor opción. O, por lo menos, así lo parecía hasta hacía cinco minutos.

La parte más agobiante de sus tareas nocturnas era sentarse en la oficina de seguridad para observar un conjunto de monitores, que, por lo general, mostraban que no ocurría absolutamente nada dentro de las paredes del museo. Para colmo, el uniforme gris que le obligaban a llevar le causaba un picor de mil demonios. Era probable que un sinnúmero de empleados lo hubieran llevado antes de que se lo entregaran a él durante su primer día, y, la

verdad, no estaba diseñado para sentarse. Sentirse cómodo con el uniforme puesto solía ser la tarea más importante de la noche. Sin embargo, lo que acababa de ver en el monitor número tres lo cambiaba todo.

Joel Rockwell no era un hombre con mucha imaginación. Tampoco era un tipo particularmente inteligente, y fue la falta de estas dos cualidades lo que lo llevó a reprobado el curso de la Academia de la Policía. Como había advertido uno de sus instructores —un teniente entrecano de unos treinta años— en uno de sus informes confidenciales: «El tipo es tan tonto que hasta sus compañeros cadetes se habían dado cuenta». Aun así, tenía cierta tenacidad y honestidad que lo convertían en un buen testigo y un guardia de seguridad de confianza, aunque solo fuera precisamente porque carecía de la imaginación y la inteligencia necesarias para ejercer cualquier otra profesión.

Si sus ojos no lo engañaban, acababa de presenciar un asesinato en la pantalla. Al parecer, habían atacado a su colega Carlton Buckley mientras este vagaba en el nivel inferior de la planta baja. Rockwell hubiera llamado a la policía, pero describir lo que acababa de ver solo les daría risa, y lo más seguro es que lo arrestaran por hacerles perder el tiempo. Así pues, se decidió por la mejor opción: llamar al profesor Bertram Cromwell, uno de los directores del museo.

Tenía el número del profesor guardado en los contactos del móvil y, pese a sentirse un tanto incómodo por llamarlo a una hora tan intempestiva, lo llamó de todos modos. Cromwell era uno de esos caballeros exquisitamente corteses que nunca lo haría sentirse mal por la llamada, aunque se tratara de un asunto trivial.

Con el corazón resonando en su pecho y el teléfono pegado a la oreja a la espera de que Cromwell contestara, salió de la oficina de seguridad y se dirigió al nivel inferior para verificar por sí mismo lo que acababa de ver en la exhibición egipcia.

Llegó al pie de un tramo de las escaleras y apenas había girado a la derecha hacia un pasillo largo cuando Cromwell contestó al

fin. Como era de esperar, la voz del profesor sonaba como la de un hombre al que acabaran de despertar de un sueño profundo.

—¿Aló? Aquí Bertram Cromwell. ¿Con quién hablo, por favor?

—Hola, Bernard, soy Joel Rockwell, del museo.

—Hola, Joel. Es Bertram, dicho sea de paso, no Bernard.

—No importa. Mire, creo que tenemos un intruso en el museo, pero no estoy completamente seguro, así que pensé en llamarlo antes de, usted sabe, avisar a la policía y todo eso.

Cromwell parecía despertarse poco a poco.

—¿De veras? ¿Qué ocurre?

—Pues, tal vez esto le parezca una locura, pero creo que alguien se ha escapado de la exhibición de la momia egipcia.

—¿Cómo dices?

—La exhibición de la momia. Creo que alguien acaba de salir de esa maldita tumba.

—¿Qué? ¡Eso es imposible! ¿Se puede saber de qué rayos me está hablando?

—Sí, sé que parece una locura. Por eso lo he llamado a usted primero. Verá, creo que quienquiera que sea acaba de atacar al otro guardia de seguridad.

—¿Quién está contigo esta noche?

—Carter Bradley.

—Querrás decir Carlton Buckley.

—Sí, eso mismo. No estoy seguro de si es que él, digamos..., está bromeando o no. Pero si *no* es una broma, le seguro que está en serios problemas. En un problema bien gordo, vamos.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? —El profesor, ahora completamente despierto, hizo una pausa para poner en orden sus pensamientos y luego dijo con voz tranquila—: ¿Qué has *visto* en realidad, Joel? Hechos, hijo mío, necesito hechos concretos. Disculpa que te hable en este tono, pero lo que me cuentas no tiene mucho sentido, y estoy bastante cansado.

Durante la conversación con Cromwell, Joel seguía caminando por el amplio y poco iluminado pasillo hasta que, antes de lo

que hubiese querido, llegó hasta el final. Respiró profundamente y giró a la derecha hacia la vasta galería abierta conocida como la Sala Lincoln. Fue ahí cuando oyó la música. Alguien estaba tocando una ligera melodía de piano. Era una canción suave y triste, parecida al «Hombre solitario» que tocaban al final de la serie televisiva *El increíble Hulk*, que tanto le gustaba cuando era un niño, a finales de los setenta. Sabía que había un piano en algún lugar de aquella planta, pero ¿quién diablos lo estaba tocando? Y, para colmo, tocándolo como el culo...

—Espere un minuto, profesor Crumpler. No creerá lo que voy a decirle, pero puedo oír a alguien tocar el piano. Voy a guardar el teléfono en el bolsillo, no cuelgue y así sabrá lo que yo veo.

Rockwell deslizó el pequeño teléfono en el bolsillo de su camisa gris y sacó la porra que llevaba asida al cinturón. Luego entró en la enorme sala para investigar más a fondo. El piano estaba a su izquierda, detrás de una pared de color arenoso que seguía hasta mitad de la sala. Había pinturas de músicos famosos colgadas a lo largo de su extensión. Sin prestar atención a la música que seguía sonando, se concentró en la exhibición egipcia a mano derecha, una exposición permanente que llevaba por título «La tumba de la momia». Estaba completamente destrozada. Había pedazos de cristal en el suelo, allí donde habían hecho añicos el escudo protector alrededor de la exhibición. Y, junto con el cristal, había sangre. Mucha sangre.

El sarcófago dorado erguido en el centro de la exhibición estaba abierto. La cubierta del sepulcro estaba tirada en el suelo y los remanentes momificados de su ocupante habían desaparecido. Rockwell sabía que el profesor Cromwell adoraba aquella exhibición en particular. Estaría sumamente enojado si habían robado su posesión más preciada, o si la hubieran forzado. Era la atracción principal del museo, el objeto más raro y valioso de la vasta colección. Y ahora la mejor parte de esta había desaparecido.

Rockwell rememoró lo que había creído ver en el monitor y negó con la cabeza, confuso. Solo habían pasado unos minutos,

pero ya empezaba a pensar que el ataque a Buckley había sido producto de su imaginación. Tenía que ser una broma, ¿no? Era algo inoportuna después de la reciente matanza en Santa Mondega y aledaños —algo desabrida, en realidad, en su opinión—, pero una broma al fin y al cabo.

Para llegar al piano —que, si los rumores eran ciertos, había pertenecido a un compositor famoso— tendría que rodear el reguero de cristal y sangre, y pasar una estatua gigante del héroe clásico griego Aquileo hasta llegar a una alcoba al otro lado de la extensa pared de color arenoso. Si no le fallaba la memoria, había un maniquí de madera de tamaño real sentado al piano, vestido y arreglado para asemejarse al compositor al que pertenecía. ¿Quién era?, se preguntó. ¿Beethoven? ¿Mozart? ¿Manilow? No era lo suficientemente importante como para insistir en ello y, de todos modos, pronto obtendría la respuesta. Cuando dejaba atrás la estatua del gran, aunque malhumorado, héroe griego y daba la vuelta al final de la pared, vio al maniquí de bronce sobre el suelo a cierta distancia del piano, como si lo hubieran tirado con una fuerza considerable. Vestía una chaqueta color violeta y unos pantalones acampanados oscuros sobre unos zapatos negros brillantes. Vio una placa de identificación pegada a la parte izquierda del pecho de la chaqueta. «Beethoven», decía, pero Rockwell no se percató de ello al pasar por encima de la figura de madera, de modo que no se enteró de quién se suponía que era el compositor.

Evidentemente, no era el maniquí quien tocaba el piano. Había alguien más. Dio unos pasos en dirección del instrumento ubicado en la esquina de la alcoba para así ver al intérprete responsable de tan pobre melodía. Cuando por fin estaba lo suficientemente cerca, distinguió una figura sentada en el pequeño taburete frente al gran piano tecleando el marfil con más brío que talento. Lo que vio le produjo escalofríos.

La figura vestía un largo hábito con capucha de una tela escarlata abundante. Con aquella pinta parecía un boxeador de camino al cuadrilátero. El individuo del hábito con la cara escondida se

movía apasionadamente de lado a lado, sacudiendo la cabeza como Stevie Wonder mientras interpretaba esa pieza musical desentonada. No había ninguna señal de Buckley, aunque un preocupante reguero de manchas de sangre en el suelo conducía a la figura sentada al piano.

Manteniendo una prudente distancia, Rockwell decidió llamar la atención en voz alta con la esperanza de echar un vistazo a la cara del pianista misterioso. Si no le gustaba lo que veía, al menos tenía una ventaja de veinte metros por si necesitaba «correr como una centella».

—¡Oye, tú! —gritó—. ¿No ves que ya hemos cerrado? ¡No deberías estar aquí! Es hora de irse, amigo.

La figura dejó de tocar; los dedos temblaban casi imperceptiblemente encima de las teclas blancas y negras que destellaban. Entonces, habló.

—¡Taratáala, que yo te sigo el paso! —crujió una voz algo mohosa desde más allá de la capucha, seguida de una carcajada ruidosa. Luego, las manos cayeron según la figura retomaba la melodía.

—¿Qué? Oye, ¿dónde está Carterton? —gritó Rockwell mientras daba un paso adelante; la mano le sudaba sobre la porra que agarraba con todas sus fuerzas.

Una vez más, la figura dejó de tocar y volvió la cabeza para mirarlo directamente. Como Rockwell caminaba con cautela hacia el individuo, no tuvo muchos problemas en detenerse en seco. Luego siguió un momento incómodo durante el cual consideró seriamente mearse encima.

Desde la capucha, la figura solo tenía media cara. En la sombra más allá del capirucho, el aterrado guardia de seguridad pudo distinguir lo que parecía ser una calavera amarilla. Todavía le colgaban asquerosos pedazos de carne pegados a algunas partes de las mejillas, la mandíbula y la ceja, tenía un ojo de aspecto más bien extraño y de color verde, pero la otra órbita ocular estaba vacía, y la cara aparentaba no tener labios ni nariz. Asqueado por aquella visión, Rockwell apartó la mirada, solo para darse cuenta de que

los dedos huesudos que habían estado tocando las teclas del piano eran exactamente eso: *huesos*. Dedos sin piel alguna. «Ay, Dios santo.»

Antes de tener una oportunidad de darse la vuelta y echar a correr, la figura del hábito se levantó del taburete. Medía más de dos metros y parecía dominar la vasta galería; sus dedos huesudos apuntaban en su dirección, como si quisiera alcanzarlo. Entonces, hizo algo extraño. Movía una de las manos por el aire como si manipulara los hilos de una marioneta invisible. Mientras aquello ocurría, su cara inexpresiva se las ingenió para mirarlo como si le sonriera con sorna.

Aunque se encontraba a unos veinte metros de la figura, Joel Rockwell tuvo la impresión de que aquellos dedos huesudos fueran a comenzar a dirigirse hacia él, y muy pronto. Mientras giraba sobre sus talones con la intención de salir corriendo como el demonio fuera de la sala —vamos, que algo tan muerto no podría correr tan rápido—, fue víctima de un segundo sobresalto descomunal.

La figura de Ludwig van Beethoven se puso en pie, animado de algún modo por las manos de *aquella cosa* junto al piano. Ahora estaba frente a Rockwell, los ojos de cristal lo miraban vacíos desde más allá de una gran melena, con los brazos extendidos y las manos de madera prestas a agarrarlo por la garganta. Atónito, el guarda de seguridad golpeó con la porra, pero el efecto fue un ruido sordo y fuerte según la cabeza de madera del monigote absorbía el cantazo, aunque se le astilló parte de una oreja. Con escozor en los dedos, Joel dejó caer el arma inútil, sacó el teléfono del bolsillo del pecho y se lo puso a la oreja cuando el maniquí ya le agarraba el cuello. Según caía al suelo con el asesino de madera encima de él, apretándole el cuello con fuerza y sacándole el aire de los pulmones, logró a duras penas dar un breve grito de auxilio dirigido al auricular, con la esperanza de que Cromwell pudiera oírlo y, de alguna manera, acudir a su recate, o por lo menos enviar a alguien en su ayuda

—¡Bernard, por el amor de Dios! ¡Tiene que ayudarme!
—gritó entre jadeos—. ¡El cabrón de Barry Manilow me está atacando!

Si el profesor llegó a contestar o si incluso llegó a oírlo, Rockwell nunca lo supo. Dejó caer el teléfono para luchar con cada ápice de la fuerza que se le desvanecía para desasirse de su atacante, pero fue en vano. El maniquí era demasiado fuerte, además de inmune a sus conatos cada vez más débiles de ofrecer resistencia. Simplemente, lo mantuvo sujeto contra el suelo, con las manos presionando la garganta de Joel.

Rockwell siguió luchando con desesperación hasta que, finalmente, la figura se cernió sobre él, y se encontró mirando directamente a la cara horrenda de la momia. El egipcio muerto viviente necesitaba darse un atracón de más carne humana para restablecer su cuerpo decaído, y el de Rockwell cumpliría admirablemente con ese propósito.

Durante los diez minutos siguientes, el cuerpo aterrorizado del guardia de seguridad fue destrozado y devorado por la criatura salvaje. Joel Rockwell murió tras unos minutos de una agonía espantosa. Apenas había tardado tres días en seguir los pasos de su padre al más allá.

Tras darse un banquete con la carne de los dos guardias de seguridad, la momia —los restos inmortales antes embalsamados del faraón mejor conocido en el pasado como Ramsés Gayo— se sentía casi lista para reintegrarse al mundo de los vivos. Buscaría —en realidad, exigiría— dos cosas. Vengarse de los descendientes de aquellos que lo habían encarcelado durante tanto tiempo y recuperar su posesión más preciada durante los días en que fue señor de Egipto: *el Ojo de la Luna*.